



“Doctor Ignacio Chávez: creador de instituciones”

p. 573-580

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo IV. Biografías

Miguel León-Portilla

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2009

700 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-48-7 (tomo IV, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-49-4 (tomo IV, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/543.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XXVII. DOCTOR IGNACIO CHÁVEZ. CREADOR DE INSTITUCIONES*

Forjador y timonel de instituciones, maestro de la palabra hablada y escrita, siempre de expresión lúcida y concisa, encauzador de investigaciones incontables, cardiólogo y cardiófilo grande entre los grandes, en suma, científico y humanista, el doctor Ignacio Chávez sirvió a México y, con la irradiación de su obra, a la humanidad entera.

A partir de hoy, en un acto de reconocimiento y de justicia, por disposición del Gobierno de la República y con el beneplácito del pueblo mexicano y de la Academia, sus restos mortales descansarán en esta Rotonda de los Hombres Ilustres.

Cien años se cumplen del nacimiento del maestro Chávez en su querido pueblo de Zirándaro. Varios y muy significativos han sido ya los actos de homenaje a su memoria. En ellos han participado muchos de sus discípulos y las principales instituciones científicas y estatales de nuestro país: la Secretaría de Salud, la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio Nacional, la Academia Nacional de Medicina, el Instituto Nacional de Cardiología, así como otras corporaciones, y los gobiernos de los Estados de Michoacán y Guerrero. En todos estos actos de homenaje se han evocado sobre todo los grandes merecimientos del doctor Ignacio Chávez en el campo de las ciencias médicas.

Por mi parte, al aceptar el honroso encargo de hablar en este acto, me concentraré en un aspecto de su vida y obra, que revela lo que fueron su pensamiento e ideales, tal vez tanto cuanto sus afanes en el ámbito de la medicina. Ignacio Chávez, a quien tuve la suerte de tratar ampliamente siendo él Rector y yo Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, expresó en ocasión memorable: "Si no hubiera sido médico, hubiera querido ser historiador"

Él, médico sabio y comprensivo, creador del Instituto Nacional de Cardiología y cofundador de El Colegio Nacional, maestro y rector de universidades, la Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y la Nacional Autónoma de México, cumpliendo al menos en parte su deseo, fue tam-

* *Ignacio Chávez: a cien años de su nacimiento*, México, El Colegio Nacional, 1997, p. 273-279



bién historiador de la medicina en México y de grandes figuras y logros de la medicina universal. Prosiguió en esto arraigada y brillante tradición de no pocos médicos mexicanos. Así como realizan ellos cuidadosa historia clínica de sus pacientes, ensanchando su humanismo hace también historia de determinados aspectos, periodos y personas de su propia profesión.

Concentremos la mirada en el humanista Ignacio Chávez que, siendo médico, fue también historiador. No repetiré el elenco de sus numerosos escritos de tema histórico, que para eso puede consultarse su *curriculum vitae* con su bibliografía completa. Comenzaré aduciendo dos apreciaciones tuyas, certeras y luminosas, acerca de la medicina prehispánica en Mesoamérica y sobre la que existió en el periodo novohispano. De la primera expresó:

Quien sólo viera el extraño ritual con que a menudo se implantaban los tratamientos, podría ver en ellos sólo magia y superstición, medicina de pueblos primitivos, ausencia de todo conocimiento positivo. Pasaría por alto el valor de su experiencia, la riqueza de su farmacología, sus atisbos de clasificación, la intuición maravillosa de pueblos que no recibieron influencias de otras razas ni de otras civilizaciones y que tuvieron que elaborar la suya, lentamente, confiando sólo a la comprobación secular la confirmación de sus ideas.

Valioso y conciso testimonio de quien se acercó con mirada abierta al rico legado indígena en materia tan importante. En forma paralela procedió en su exposición sobre la medicina en la época colonial. Sin prejuicios, se adentró en ella estudiando directamente las principales obras de *re medica* aparecidas en ese periodo.

Es posible —nos dijo— que las obras mexicanas no hayan tenido la calidad máxima que las hiciera clásicas [], es probable también que en ese tiempo corrieran por el mundo otras obras de más avanzada doctrina —afirmación que no engloba a las de Badiano, Sahagún y Hernández— pero es seguro que ellas constituyeron el primer esfuerzo hecho en tierras de América por incorporarse a la cultura médica occidental y que su espíritu y su nivel estaban en consonancia con el saber de su época.

Atendiendo ya al siglo XVIII mexicano, reconoció que hubo en él decadencia. Pero aún entonces percibió algunos importantes logros: la disposición de prácticas de internado por dos años en el Hospital de



Jesús, la publicación del *Mercurio Volante*, primera revista médica en el continente, dirigida por José Ignacio Bartolache; la primera operación cesárea, practicada en Santa Bárbara, California, en 1779; la primera sinfisiotomía, realizada en Veracruz en 1784 por el cirujano Francisco Hernández; la introducción de la vacuna para la viruela por el doctor Francisco Javier Balmis.

Mucho más es lo que abarcó en su libro *México en la cultura médica*, cuando atendió a la historia de la medicina en nuestro periodo independiente. Tras describir su postración extrema al consumarse la Independencia, trató con admiración y afecto aquello que fue lográndose luego gracias al empeño de hombres que dedicaron su vida y afanes a la transformación del país. Se fijó así en figuras como Valentín Gómez Farías, médico y político liberal, en quien reconoció al máximo reformador de nuestro país. Con sus ideales, y los de Melchor Ocampo, su paisano, siempre se sintió identificado.

Para Ignacio Chávez fue decisivo —en la puesta al día de la medicina en México— que los médicos del país en la segunda mitad del siglo XIX viajaran en busca de las fuentes del conocimiento: “Casi todos iban a París y tenían razón” Entre los que más sobresalieron identificó al doctor Miguel Jiménez de quien dijo: “sin duda fue el primer clínico mexicano”, y también al cirujano Francisco Montes de Oca, creador de nuevas técnicas operatorias. A otros que laboraron a lo largo del siglo XIX, Ignacio Chávez les concedió el lugar que le merecían. Rafael Lucio, Matías Béistigui, Francisco Vértiz, Pablo Martínez del Río y varios más. Sus aportaciones al saber médico corrieron parejas —nos dijo— con su esfuerzo por mejorar la enseñanza y los establecimientos médicos.

Del tiempo en que le tocó vivir y actuar, tomó como punto de partida la situación de penuria en que se encontraba el país al concluir la Revolución. En contraposición, mostró cómo, poco a poco, con inteligencia y férrea voluntad —ejemplo extraordinario la de él mismo— se fueron alcanzando grandes realizaciones. Habló de médicos que conoció, bien sea como maestros, colegas o discípulos. Valoró lo que hicieron. Rememoró los nombres y trabajos de quienes fueron haciendo posibles las especialidades médicas. Importancia particular concedió a las reformas en la enseñanza de las diversas ramas de la medicina. Fue sobre todo en la Universidad Nacional donde ocurrieron los cambios. El mismo doctor Chávez actuó de modo muy significativo en ellos como director de la Facultad de Medicina.

Chávez, el médico, historiador y hombre de acción infatigable, recordaba sus trabajos como fundador y director del Instituto Nacional de Cardiología y de tantas otras instituciones. Admiró él a hom-



bres, pléyade de sabios, amigos suyos y colegas, como José Terrés, Salvador González Herrejón, Gustavo Baz, Gastón Melo, Fernando Ocaranza, Raoul Fournier, Arturo Rosenblueth, Isaac Costero, Rafael Méndez, Manuel Martínez Báez, Teófilo Ortiz, Isaac Ochoterena, Alfonso Pruneda, Bernardo Gastélum, Bernardo Sepúlveda y Salvador Zubirán. Sobre éste último se expresó con particular admiración y cariño en la introducción que escribió al *Libro Jubilar* en su honor.

De la historia universal de la medicina se ocupó asimismo. Disertó sobre las aportaciones, entre otros, de Renato Teófilo Laennec, Louis Pasteur, Frank Wilson, John Parkinson y de su maestro Charles Laubry

En muchos de los discursos que pronunció a lo largo de su vida afloraron las referencias y las reflexiones históricas. Como ejemplo recordaré algo que dijo al inaugurar el Servicio de Cardiología en el Hospital General.

Necesitamos crear el alma de nuestros hospitales []. Necesitamos crearles un pasado de trabajo, de prestigio científico que sea como un estímulo para trabajos nuevos. Una de las impresiones más hondas que se tienen al visitar los viejos hospitales de París, es la de sentir como un hábito impalpable, el recuerdo de los viejos maestros que allí trabajaron y cuyo nombre legó una tradición de gloria en esas salas. En un aula [] del Hospital de la Charité se leen con recogimiento los nombres de los que allí enseñaron: Corvisart, Laennec, Bouillaud, Potain []. Es el pasado glorioso que alienta, que empuja, que reclama ser continuado.

Buscando en la historia, “el alma de nuestros hospitales”, cuando años después de la inauguración del Servicio de Cardiología en el Hospital General, el maestro hizo realidad su sueño de crear el Instituto que tanto renombre ha alcanzado, pidió a Diego Rivera que pintara los murales en donde debían de aparecer quienes contribuyeron al desarrollo de las ciencias del corazón. Por escrito le expresó a Diego cómo concebía una plástica representación de ellos. Su propósito era dar entrada a cuantos lo merecían: “quienes forjaron la cardiología”, desde los griegos y romanos hasta los italianos, españoles, franceses, alemanes, ingleses, austríacos y norteamericanos.

Magistral fue su reflexión acerca de los sabios que contribuyeron a esto, anatomistas, fisiólogos, percusores y auscultadores, terapeutas, clínicos, así como aquellos que inventaron un cada vez más sofisticado instrumental. “La prodigiosa transformación —escribió— no vino sino con el Renacimiento a partir del siglo XV”



Señalamiento certero fue también el suyo al referirse a quien “abrió el paso entre los primeros”, Leonardo da Vinci. De él nos dijo:

[...] somos dudosos también de esto. Fue quien primero definió el corazón como un músculo potente con función de bomba y que probó que el pulso era el efecto del chorro sanguíneo empujado por la contracción cardiaca.

Como hombre de mente universal insistió en que no debían excluirse las aportaciones de otros pueblos. De Asia debía representarse

[...] al médico chino tomando el pulso de su enfermo mucho antes que Galeno y, al pie del segundo lienzo, al indio de América y al negro de África buscando entre las plantas las drogas con las cuales curar al corazón. la flor de la manita, el yoloxóchitl, el estrofantus y otras muchas más.

Quien tanto contribuyó al avance de la cardiología, lo hizo consciente siempre del papel y función de la ciencia, no en relación con la sociedad en abstracto, sino teniendo en su pensamiento a los seres humanos, mujeres y hombres en sus vidas con frecuencia dolientes. Por eso se interesó en la historia. En ella volvía a encontrar mujeres y hombres que, como él, se habían afanado para hacer menos dura la existencia humana.

Mucho más podría recordar acerca del maestro Chávez como historiador. Cabría aludir, por ejemplo, a la presentación que hizo en la Sorbona de *La evolución histórica de la medicina en México*. Puso allí de relieve lo más significativo en los logros del pasado, y habló de un presente promisorio en nuestro país.

Pero su actitud optimista, de profesional de la medicina y de historiador, lejos estuvo de cualquier ingenuidad. Con sentido humanista lanzó un alerta que sigue siendo válida hoy y lo será para el siglo que se avecina.

Para el futuro son de preverse riesgos aparejados al progreso. El desarrollo incontrolado y aplastante de la técnica instrumental, que amenaza el apagamiento del interés por las doctrinas que guían []. El desarrollo de las subespecialidades, que fragmenta la medicina y estrecha el campo de la visión y de la actuación del médico y que hace que el enfermo deje de ser visto como un todo y deba dividirse entre un grupo de profesionales. Todo eso hace temer que la medicina vaya perdiendo uno de sus más

nobles perfiles, para transformarse en una práctica profesional fría y distante, a menudo deshumanizada.

Estos problemas —añadió buscando el remedio— no son de la ciencia médica, son de la conciencia moral del médico. A él le toca protegerse de ese peligro, que entraña su propia devastación espiritual, fomentando no sólo su ciencia sino su cultura, que le dé una tabla de altos valores para regir su vida íntima y su vida de servicio al hombre enfermo y a la sociedad en que vive.

Con conciencia de que —como dice el libro del *Eclesiastés*— “los días del hombre sobre la tierra son pocos y malos”, quien, al hacer esos señalamientos tenía setenta y nueve años y preveía que le quedaban ya pocos para concluir su existir en el mundo, quiso dejarnos ese mensaje de validez perdurable.

Ignacio Chávez, que tanto hizo y tantos reconocimientos obtuvo en su vida —numerosos premios, entre ellos el Nacional de Ciencias y la Medalla Belisario Domínguez, membrecías y presidencias de muchas sociedades y academias, decenas de doctorados *Honoris causa* de las más prestigiadas universidades de México y el extranjero— conoció también momentos de infortunio en situaciones incluso de agresión. Una muy dolorosa no debemos soslayar. Me refiero a la inicua de que fue objeto en 1966 en el recinto de la Universidad Nacional. Como Rector de la misma, la conducía con mano firme, haciéndole entrega plena de su inteligencia y de su tiempo. Varios de nosotros fuimos testigos de la afrenta perpetrada no por merecedores del nombre de universitarios sino por individuos ejecutores de propósitos aviesos. Si en ese momento de vergüenza para la cultura nacional, pareció a algunos que el destino del maestro se tornaba adverso, muy pronto, y más que nunca ahora, su grandeza de espíritu y la suma de sus merecimientos han confirmado su carácter y perfil de hombre excepcional, servidor de México y, sin hipérbole, también de la humanidad.

He aquí, en suma, el meollo de su aportación. En su vida conjugó ciencia, acción creadora y humanismo. Hurgó en el rico legado de la historia, la nuestra y la universal. En la valoración de los logros que le reveló la historia encontró la raíz de su optimismo. Conoció y apreció como pocos la trayectoria de la medicina de Occidente, insistiendo en que la transformación, prodigio del saber de su profesión y de otras muchas, se debió al Renacimiento a partir del siglo XV

Mirar hacia la cultura occidental no le impidió sentirse atraído y heredero del saber farmacológico de la que llamó intuición maravillosa de la medicina indígena. Admiró asimismo las aportaciones de Juan



Badiano, Bernardino de Sahagún y el protomédico Francisco Hernández. Reconoció en los afanes del periodo novohispano el primer esfuerzo hecho en el Nuevo Mundo por hacer suya la cultura médica occidental. Estimó el decidido esfuerzo y las aportaciones de los médicos mexicanos que en el siglo XIX, en medio de guerras intestinas e internacionales, ejercieron su profesión en los campos de batalla e hicieron a la vez aportes memorables. Optimista se mostró acerca de la época, no exenta de dificultades, en que le tocó vivir y actuar. En muchas ocasiones manifestó que los avances alcanzados, incluyendo la creación de instituciones, se lograron con férrea voluntad, inteligencia y humanismo.

Él, que buscó en la historia motivaciones para la acción creadora, ocupa ahora lugar destacado en ella. Para todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo y para quienes luego se acerquen a lo que fue su vida y obra, son éstas luz, ejemplo y mensaje de extraordinaria historia personal.

Hoy, frente a sus restos mortales y deseando la supervivencia de su pensamiento y de su espíritu, podemos decirle:

Maestro Ignacio Chávez, creaste instituciones, fuiste ojo avizor y piloto de otras muchas, acertado fue tu diagnóstico clínico, y el de los acontecimientos a los que supiste dar sentido. Tu existencia fecunda a muchos ha beneficiado y seguirá beneficiando. Maestro Chávez, gracias por haber vivido como tú supiste hacerlo.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS